

CONCEPTOS ELEMENTALES DE MARXISMO

(1ª EDICION)



Carlos Marx

El desarrollo de la especie humana necesariamente se corresponde con el desarrollo del conocimiento. En determinado momento de este desarrollo social, y como parte de él, es que aparece la ciencia, o el conocimiento científico, que para su producción establece ciertas reglas metodológicas para la aprehensión por el hombre de las leyes objetivas de la realidad. Es la utilización de esas leyes objetivas en su provecho lo que ha permitido a la especie humana ser tan poderosa y tan influyente en la naturaleza.

Para encontrar esas leyes el investigador científico debe experimentar, debe provocar artificialmente las transformaciones, reproducir los fenómenos naturales, para poder así sacar las conclusiones correspondientes. Las ciencias denominadas "exactas" pueden, en determinada escala y dentro del campo investigado, realizar la experimentación, llegando así a conclusiones relativamente "exactas". No sucede lo mismo en las ciencias denominadas "so-

ciales". En la sociedad los fenómenos

jamás se reproducen de la misma forma, un hecho no se repite jamás y además, el sujeto que pretende encontrar las respuestas válidas para la transformación positiva de la sociedad se encuentra dentro de la misma, como componente de los fenómenos que pretende aprehender.

Es por esto que liderar la transformación social no es producto de la aplicación mecánica de ninguna fórmula, sino de la construcción práctico-teórica de una determinada lógica de acción histórica.

Además de la propia coherencia del marco teórico del marxismo, el hecho de que varios -sino la gran mayoría- de los conductores de las revoluciones sociales de este tiempo histórico se hayan preocupado por estudiarlo y, al mismo tiempo, lo hayan tomado como marco teórico-conceptual, constituye una prueba objetiva de su operatividad.

REPRODUCIR Y DISTRIBUIR ESTE MATERIAL ES CONTRIBUIR A LA FORMACIÓN DE LOS LUCHADORES

Biblioteca Popular
de Formación Política

MOVIMIENTO PATRIÓTICO REVOLUCIONARIO

★ QUEBRACHO ✻

El material que presentamos a continuación es una selección de textos de diferentes autores a los fines de condensar en un solo material conceptos elementales del marxismo. Es esta una primera edición que posteriormente podrá verse corregida y/o aumentada con otros aportes que consideremos de importancia dentro de este marco.

LA DIALÉCTICA

Muchas veces se ha escuchado hablar de la dialéctica probablemente sin tener una comprensión profunda de lo que significa. Según Marx, “es la ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto del mundo exterior como del pensamiento humano”.

Todo está en permanente transformación. Hasta lo que parece inmóvil, estático, inmutable, en realidad está sometido indefectiblemente a un proceso de transformación. ¿Cuáles de los habitantes de las ciudades de la antigüedad hubieran imaginado que dos o tres mil años más tarde las ruinas de estas ciudades quedarían varios metros por debajo de la tierra?

La doctrina que explica el proceso de lo que es y lo que no es, la lógica que explica porque lo que hoy es una cosa luego es otra diferente, que explica la relación necesaria entre fenómenos de características diferentes, eso es la dialéctica.

“La gran idea fundamental -escribe Engels- de que el mundo no se compone de un conjunto de objetos terminados y acabados, sino que representa un conjunto de procesos, en el que los objetos que parecen inmutables, al igual que sus imágenes mentales en nuestra cabeza, los conceptos, están en continuo cambio, ya surgen, ya desaparecen; esta gran idea fundamental se encuentra ya tan arraigada desde Hegel en la conciencia común, que apenas habrá alguien que la discuta en su forma general. Pero una cosa es reconocerla de palabra y otra aplicarla en cada caso particular y en cada campo de investigación”. “Para la filosofía dialéctica no existe nada establecido de una vez para siempre, nada absoluto, sagrado. En todo ve el sello de la caída inevitable y no deja en pie más que el proceso ininterrumpido de surgimiento y desaparición, el ascenso infinito de lo inferior a lo superior. Ella misma es sólo mero reflejo de ese proceso en el cerebro pensante”.

Lenin, por su parte, explica que “en nuestro tiempo, la idea del desarrollo, de la evolución, ha penetrado casi por entero en la conciencia social pero por otros caminos, no a través de la filosofía de Hegel. Sin embargo, esta idea, tal como la formularon Marx y Engels, apoyándose en Hegel, es mucho más completa, mucho más rica en contenido que la idea corriente de evolución. Es un desarrollo que, al parecer, repite etapas ya recorridas, pero las repite de otro modo, sobre una base superior (‘la negación de la negación’), un desarrollo, por decirlo así, en espiral y no en línea recta; un desarrollo a saltos, catastrófico, revolucionario; ‘rupturas en la continuidad’, la transformación de cantidad en calidad, impulsos internos hacia el desarrollo originados por la contradicción, el conflicto de las diversas fuerzas y tendencias que actúan sobre determinado cuerpo o dentro de los límites de un fenómeno dado o dentro de una sociedad dada; la interdependencia, la conexión estrecha e indisoluble de *todos* los aspectos de cada fenómeno (la historia, por su lado, descubre de continuo nuevos aspectos), una conexión que da un proceso de movimiento único y universal, sujeto a leyes: tales son algunos rasgos de la dialéctica, como una doctrina del desarrollo que es más rica en contenido que la convencional”.

Además, Lenin puntualiza que “el desdoblamiento de la unidad y el conocimiento de sus partes contradictorias es la *esencia* de la dialéctica. (...) La justeza de este aspecto del contenido de la dialéctica debe ser comprobada por la historia de la ciencia. Generalmente, no se presta a este aspecto de la dialéctica la suficiente atención: la identidad de los contrarios se considera como un conjunto *de ejemplos*, y no como *ley del conocimiento* (*ni* como ley del mundo objetivo).

En matemáticas, los signos + y -. Diferencial e integral.

En mecánica, la acción y la reacción.

En física, la electricidad positiva y negativa.

En química, la combinación y la disociación de los átomos.

En ciencias sociales, la lucha de clases.

La identidad de los contrarios constituye el reconocimiento (el descubrimiento) de la existencia de tendencias contradictorias, que se *excluyen mutuamente*, y antagónicas en *todos* los fenómenos y procesos de la naturaleza (*entre ellos* también los del espíritu y los de la sociedad). La condición para conocer todos los procesos del mundo en su '*auto-movimiento*', en su desarrollo espontáneo, en su vida real, es conocerlos como una unidad de contrarios. El desarrollo es la '*lucha*' de los contrarios. La dos concepciones fundamentales (¿o las dos posibles?, ¿o las dos que se observan en la historia?) del desarrollo (de la evolución) son: el desarrollo en el sentido de la disminución y aumento, como repetición, y el desarrollo en el sentido de la unidad de los contrarios (el desdoblamiento de la unidad en dos polos que se excluyen mutuamente y la relación entre ambos).

En la primera concepción del movimiento quedan en la sombra el *auto-movimiento*, su fuerza *motriz*, su fuente, su motivo (o bien se atribuye su fuente a *algo externo*: a Dios, al sujeto, etc.). En la segunda concepción la atención fundamental se concentra, precisamente, en el conocimiento *de la fuente del 'auto'-movimiento*.

La primera concepción es muerta, pobre, pálida y seca. La segunda tiene vitalidad. *Únicamente* la segunda da la clave del '*auto-movimiento*' de todo lo existente; sólo ella da la clave de los '*saltos*', de la '*interrupción de la continuidad del desarrollo*', de la '*transformación en contrario*', de la destrucción de lo viejo y del surgimiento de lo nuevo.

La unidad (coincidencia, identidad, equivalencia) de los contrarios es condicional, temporal, transitoria, relativa. La lucha de los contrarios, que se excluyen mutuamente, es absoluta, como es absoluto el desarrollo, el movimiento".

"Empezando por una *locución cualquiera*, de las más sencillas, corrientes y de mayor empleo, etc.: las hojas del árbol están verdes; Iván es un hombre; Zhuchka es un perro, etc. Ya aquí (como lo señalaba genialmente Hegel) hay *dialéctica*: lo *particular es lo general*. Por consiguiente, los contrarios (lo particular es lo contrario de lo general) son idénticos: lo particular no existe más que en su relación con lo general. Lo general existe únicamente en lo particular, a través de lo particular. Todo lo particular es (de un modo u otro) general. Todo lo general es (partícula o aspecto, o esencia) de lo particular. Todo lo general abarca, sólo de un modo aproximado, todos los objetos aislados. Todo lo particular forma parte incompleta de lo general, etc., etc. Todo lo particular está ligado, por medio de millares de transacciones, a lo particular de otro *género* (objetos, fenómenos, procesos), etc. *Ya aquí* hay elementos, gérmenes, conceptos de *la necesidad*, de la relación objetiva en la naturaleza, etc. Lo casual y lo necesario, el fenómeno y la esencia están ya aquí, puesto que al decir: *Iván es un hombre, Zhuchka es un perro, esto es una hoja de árbol, etc.*, *rechazamos* una serie de rasgos como *casuales*, separamos lo esencial de lo aparente y oponemos lo uno a lo otro.

De modo que es posible (y se debe) descubrir en *cualquier* locución, como en una '*célula*', los gérmenes *de todos* los elementos de la dialéctica, demostrando así que la dialéctica es, en general, inherente a todo conocimiento del hombre. Y las ciencias naturales nos muestran (y esto debe ser demostrado también con *cualquier* ejemplo de los más sencillos) la naturaleza objetiva, que posee estas mismas cualidades: la transformación de lo particular en general, de lo casual en necesario, las transiciones, los matices, la relación mutua de los contrarios. La dialéctica *es*

precisamente la teoría del conocimiento (de Hegel y) del marxismo: he aquí en qué ‘aspecto’ de la cuestión (y esto no es un ‘aspecto’ de la cuestión, sino la *esencia* de la cuestión) no fijó su atención Plejánov, sin hablar ya de otros marxistas”.

Uno de los mejores ejemplos de la dialéctica es la relación entre la vida y la muerte, unidad dialéctica entre dos elementos contradictorios que, al decir de Lenin, “luchan” entre sí y mediante dicho proceso contradictorio motorizan el desarrollo de la naturaleza y explican su evolución. La vida y la muerte son los dos extremos componentes de un solo proceso de transformación de unos organismos vivos en otros, de la materia inorgánica en orgánica y de la materia orgánica en inorgánica. La vida es el consumo de la muerte y la muerte el consumo de la vida. Para que los herbívoros vivan deben morir las plantas que consumen y para que los carnívoros vivan deben necesariamente morir otros seres que son su alimento, y cuando un cadáver se pudre lo que está sucediendo es el proceso de transformación que realizan los microorganismos que se alimentan de tal cadáver, en un ciclo de permanente transformación y movimiento, de permanente desarrollo. Sin muerte no hay vida, y sin vida no hay muerte. Es una unidad dialéctica, una identidad entre dos polos contradictorios cuya confrontación motoriza el desarrollo natural.

IDEALISMO Y MATERIALISMO

La dialéctica fue desarrollada por Hegel pero desde un punto de vista idealista. Marx y Engels toman la dialéctica hegeliana y -por decirlo así- la dan vuelta, sosteniéndola sobre el materialismo. Entendieron la relación entre las ideas y la materia, entre lo subjetivo y lo objetivo, de manera dialéctica, como una unidad dialéctica, pero a diferencia de Hegel, para ellos la materia preexiste a la idea y por lo tanto, es superior a ella.

Engels afirmaba que “Hegel era un idealista, es decir que para él los pensamientos de nuestra cabeza no eran reflejos (...) más o menos abstractos de los objetos y procesos de la realidad, sino, que por el contrario, los objetos y su desarrollo eran para Hegel reflejos de una idea existente no se sabe dónde, antes de que existiese el mundo”.

“El gran problema fundamental de toda filosofía, especialmente la actual, es el problema de la relación entre el pensar y el ser, entre el espíritu y la naturaleza... Qué precede a qué: el espíritu a la naturaleza, o la naturaleza al espíritu... Los filósofos se dividieron en dos grandes campos, según la contestación que diesen a esta pregunta. Los que afirmaban que el espíritu existió antes que la naturaleza y que por lo tanto, reconocían, de una u otra manera, la creación del mundo..., constituyeron el campo del idealismo. Los que consideraban la naturaleza como principio fundamental, adhirieron a distintas escuelas del materialismo”.

“La unidad del mundo no existe en su ser, sino en su materialidad, que es demostrada... por un largo y penoso desarrollo de la filosofía y de las ciencias naturales... El movimiento es la forma de existencia de la materia. Jamás, ni en parte alguna, ha existido ni puede existir materia sin movimiento, movimiento sin materia... Si se plantea el problema... qué son y de dónde proceden el pensamiento y el conocimiento, vemos que son productos del cerebro humano y que el mismo hombre es un producto de la naturaleza, que se ha desarrollado en un determinado ambiente natural y junto con éste. Se sobrentiende, en virtud de ello, que los productos del cerebro humano, que en última instancia son también productos de la naturaleza, no contradicen el resto de las interconexiones de la naturaleza, sino que están en correspondencia con ellas”.

EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

Pero Marx y Engels no fueron los primeros en pregonar el materialismo. Antes de Marx y Engels uno de los más conspicuos exponentes del materialismo fue Ludwig Feuerbach. Pero, según lo explica Lenin, “el defecto fundamental del ‘viejo’ materialismo, incluido el de Feuerbach (y con mayor razón aún el del materialismo ‘vulgar’ de Büchner-Vogt-Moleschott) consistía, según Marx y Engels: 1) en que ese materialismo era ‘predominantemente mecanicista’ y no tenía en cuenta los últimos progresos de la química y de la biología (a lo que cabría agregar en nuestros días la teoría eléctrica de la materia); 2) en que el viejo materialismo era no histórico, no dialéctico (metafísico, en el sentido de antidialéctico) y no aplicaba consecuente y exhaustivamente los puntos de vista del desarrollo; 3) en que concebía la ‘esencia del hombre’ en forma abstracta, y no como el ‘conjunto de las relaciones sociales’ (concreta e históricamente determinadas), por cuya razón se limitaban a ‘explicar’ el mundo cuando en realidad se trata de ‘transformarlo’; es decir, que no comprendían la importancia de la ‘actividad práctica revolucionaria’.

Mao Tsé Tung destaca, por su parte, que “el materialismo premarxista examinaba el problema del conocimiento al margen de la naturaleza social del hombre y de su desarrollo histórico; y por eso era incapaz de comprender la dependencia del conocimiento respecto a la práctica social, es decir, la dependencia del conocimiento respecto a la producción y a la lucha de clases.

Ante todo, los marxistas consideran que la actividad del hombre en la producción es su actividad práctica más fundamental, la que determina todas sus demás actividades. El conocimiento del hombre depende principalmente de su actividad en la producción material; en el curso de ésta el hombre va comprendiendo gradualmente los fenómenos, las propiedades y las leyes de la naturaleza, así como las relaciones entre él mismo y la naturaleza, y también a través de su actividad en la producción, va conociendo paulatinamente y en diverso grado determinadas relaciones existentes entre los hombres”.

El materialismo dialéctico, según Marx, “no necesita de ninguna filosofía situada por encima de las demás ciencias”.

LA CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA

Escribe Lenin: “la verificación de lo inconsecuente, incompleto y unilateral del viejo materialismo convenció a Marx de la necesidad de ‘poner la ciencia de la sociedad en consonancia con la base materialista y reconstruirla sobre esta base’. Dado que el materialismo en general explica la conciencia a partir del ser, y no a la inversa, cuando se lo aplicaba a la vida social de la humanidad el materialismo requería que la conciencia *social* se explicase a partir del ser *social*. ‘La tecnología -dice Marx (*El Capital*, t. 1) -descubre la relación activa del hombre con la naturaleza, el proceso inmediato de producción por el cual sustenta su vida, y, a la vez, también sus condiciones sociales de vida y las representaciones espirituales que de ellas se derivan’. En el prólogo a su *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx formula acabadamente las tesis fundamentales del materialismo hecho extensivo a la sociedad humana y a su historia. He aquí sus palabras:

‘En la producción social de su vida los hombres entran en determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada

etapa del desarrollo de sus fuerzas productivas materiales.

‘El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se erige una superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, su ser social el que determina su conciencia. En una etapa dada de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta entonces. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas de ellas. Y comienza así una época de revolución social. Con el cambio de la base económica, se transforma, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se analizan esas transformaciones, es preciso distinguir siempre entre la transformación material de las condiciones económicas de producción, que puede ser determinada con la precisión de las ciencias naturales, y la jurídica, política, religiosa, artística o filosófica; en resumen, de las formas ideológicas en las cuales los hombres toman conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo.

‘Así como no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí mismo, tampoco podemos juzgar estas épocas de transformación por su conciencia. Por el contrario, esta conciencia debe ser explicada por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción’ ... “A grandes rasgos, los modos de producción asiático, antiguo, feudal y el moderno burgués pueden ser señalados como épocas progresistas en la formación económica de la sociedad’ (...)

El descubrimiento de la concepción materialista de la historia o, mejor dicho, la consecuente continuación, la extensión del materialismo al dominio de los fenómenos sociales, superó los dos defectos fundamentales de las anteriores teorías de la historia. En primer lugar, esas teorías consideraban, en el mejor de los casos, sólo los motivos ideológicos de la actividad histórica de los hombres, sin investigar el origen de esos motivos, sin captar las leyes objetivas que rigen el desarrollo del sistema de las relaciones sociales, sin tener en cuenta las raíces de éstas en el grado de desarrollo de la producción material; en segundo lugar, las teorías anteriores no abarcaban precisamente las acciones de las *masas* de la población, mientras que el materialismo histórico permitió estudiar por primera vez con la exactitud de las ciencias naturales, las condiciones sociales de la vida de las masas y los cambios en esas condiciones. La ‘sociología’ y la historiografía anteriores a Marx proporcionaban, en el *mejor* de los casos, una acumulación de hechos desnudos, recopilados fragmentariamente, y la descripción de aspectos aislados del proceso histórico. El marxismo indicó el camino para un estudio global y completo del proceso de aparición, desarrollo y decadencia de las formaciones económico-sociales, al enfocar el *conjunto* de todas las tendencias contradictorias, al reducirlas a las condiciones, perfectamente determinables, de vida y de producción de las distintas *clases* de la sociedad, al eliminar el subjetivismo y la arbitrariedad en la elección de las distintas ideas ‘dominantes’, o en su interpretación, al poner de relieve, que, sin excepción, todas las ideas y todas las diversas tendencias *se originan* en la condición de las fuerzas productivas materiales. Los propios hombres crean su historia, pero qué determina los motivos de los hombres y en particular de las masas humanas, qué provoca los choques de ideas y aspiraciones contradictorias; cuál es el resultado

de todos estos choques en las masas de las sociedades humanas; cuáles son las condiciones objetivas de producción de la vida material que forman la base de toda la actividad histórica de los hombres, cuál la ley de desarrollo de esas condiciones; a todo ello prestó atención Marx e indicó el camino para el estudio científico de la historia, como proceso único, regido por leyes en toda su inmensa variedad y su carácter contradictorio”.

LA LUCHA DE CLASES

“Es notorio que en una sociedad dada –explica Lenin- las aspiraciones de algunos de sus integrantes son opuestas a las de otros, que la vida social está llena de contradicciones, que la historia nos muestra la lucha entre pueblos y sociedades, así como dentro de ellos mismos; además, la sucesión de períodos de revolución y de reacción, de paz y de guerra, de estancamiento y de rápido progreso o decadencia. El marxismo nos ha dado el hilo conductor que permite descubrir las leyes que gobiernan este aparente laberinto y caos, a saber: la teoría de la lucha de clases. Sólo el estudio del conjunto de las aspiraciones de todos los miembros de una sociedad dada o de un grupo de sociedades, puede conducir a una definición científica del resultado de esas aspiraciones. Ahora bien, la fuente de la que brotan esas aspiraciones contradictorias son las diferencias de posición y de condiciones de vida de las *clases* en las que se divide cada sociedad. ‘La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días -dice Marx en el *Manifiesto Comunista* (exceptuando la historia de la comunidad primitiva, añade más tarde Engels)- es la historia de la lucha de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y aprendices; en una palabra, opresores y oprimidos se enfrentaron en secular antagonismo unos con otros, mantuvieron una lucha constante, ya velada, ya abierta; lucha que siempre terminó con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento general de las clases contendientes... La moderna sociedad burguesa, que ha brotado de las ruinas de la sociedad feudal, no ha terminado con las contradicciones de clase. Únicamente ha sustituido las viejas condiciones de opresión, las viejas formas de lucha, por otras nuevas. Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose cada vez más en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado’. Desde los tiempos de la Gran Revolución Francesa, la historia de Europa puso al descubierto en varios países, con particular evidencia, este real trasfondo de los acontecimientos, la lucha de clases. Y ya la época de la Restauración promovió en Francia a algunos historiadores (Thierry, Guizot, Mignet y Thiers) que, al generalizar los acontecimientos, no pudieron dejar de reconocer que la lucha de clases era la clave para la comprensión de toda la historia francesa. La época moderna, por su parte, la época del triunfo completo de la burguesía, de las instituciones representativas, del sufragio amplio (cuando no universal), de la prensa diaria, barata, que llega a las masas, etc.; la época de las poderosas asociaciones obreras y empresarias cada vez más vastas, etc., muestra con mayor evidencia todavía (aunque a veces en forma muy unilateral, ‘pacífica’ y ‘constitucional’) que la lucha de clases es la fuerza motriz de los acontecimientos. El siguiente pasaje del *Manifiesto Comunista* nos revela lo que Marx exigía de la ciencia social en cuanto al análisis objetivo de la situación de cada clase en la sociedad moderna, en relación con el análisis de las condiciones de desarrollo de cada clase: ‘De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás

clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar. Las capas medias -el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano y el campesino- luchan todas ellas contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales capas medias. No son, pues, revolucionarias, sino conservadoras. Más todavía, son reaccionarias, ya que pretenden volver atrás la rueda de la historia. Son revolucionarias únicamente cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, cuando abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado'. En una serie de obras históricas (...), Marx nos ha legado brillantes y profundos ejemplos de historiografía materialista, de análisis de la situación de *cada* clase en particular y a veces de los diferentes grupos o capas que existen en una clase, mostrando con claridad por qué y cómo 'toda lucha de clases es una lucha política'. El pasaje que citamos ilustra cuán intrincada es la red de las relaciones sociales y de los niveles de *transición* de una clase a otra, del pasado al porvenir, que Marx analiza para determinar toda la resultante del desarrollo histórico".

De manera amena, en una conferencia ocurrida en 1919, Lenin relata con sencillez el fenómeno de la lucha de clases y su desarrollo a lo largo de la historia humana: "esta división de la sociedad en clases, a través de la historia, es lo que debemos tener siempre presente con toda claridad, como un hecho fundamental. El desarrollo de todas las sociedades humanas a lo largo de miles de años, en todos los países sin excepción, nos revela una sujeción general a leyes, una regularidad y consecuencia; de modo que tenemos, primero, una sociedad sin clases, la sociedad originaria, patriarcal, primitiva, en la que no existían aristócratas; luego una sociedad basada en la esclavitud, una sociedad esclavista. Toda la Europa moderna y civilizada pasó por esa etapa: la esclavitud reinó soberana hace dos mil años. Por esa etapa pasó también la gran mayoría de los pueblos de otros lugares del mundo. Todavía hoy se conservan rastros de la esclavitud entre los pueblos menos desarrollados; en Africa, por ejemplo, persiste todavía en la actualidad la institución de la esclavitud. La división en propietarios de esclavos y esclavos fue la primera división de clases importante. El primer grupo no sólo poseía todos los medios de producción -la tierra y las herramientas, por escasas y primitivas que fueran en aquellos tiempos-, sino que poseía también los hombres. Este grupo era conocido como el de los propietarios de esclavos, mientras que los que trabajaban y suministraban trabajo a otros eran conocidos como esclavos.

Esta forma fue seguida en la historia por otra: el feudalismo. En la gran mayoría de los países, la esclavitud, en el curso de su desarrollo, evolucionó hacia la servidumbre. La división fundamental de la sociedad era: los terratenientes propietarios de siervos, y los campesinos siervos. Cambió la forma de las relaciones entre los hombres. Los poseedores de esclavos consideraban a los esclavos como su propiedad; la ley confirmaba este concepto y consideraba al esclavo como un objeto que pertenecía íntegramente al propietario de esclavos. Por lo que se refiere al campesino siervo, subsistía la opresión de clase y la dependencia, pero no se consideraba que los campesinos fueran un objeto de propiedad del terrateniente propietario de siervos; éste sólo tenía derecho a apropiarse de su trabajo, a obligarlos a ejecutar ciertos servicios. En la práctica, como todos ustedes saben, la servidumbre, sobre todo en Rusia, donde subsistió durante más tiempo y revistió las formas más brutales, no se diferenciaba en nada de la esclavitud.

Más tarde, con el desarrollo del comercio, la aparición del mercado mundial y el desarrollo de la circulación monetaria, dentro de la sociedad feudal surgió una nueva clase, la clase capitalista. De la mercancía, el intercambio de mercancías y la aparición del poder del dinero,

surgió el poder del capital. Durante el siglo XVIII, o mejor dicho desde fines del siglo XVIII y durante el siglo XIX, estallaron revoluciones en todo el mundo. El feudalismo fue abolido en todos los países de Europa Occidental. Rusia fue el último país donde ocurrió esto. En 1861 se produjo también en Rusia un cambio radical; como consecuencia de ello, una forma de sociedad fue remplazada por otra: el feudalismo fue remplazado por el capitalismo, bajo el cual siguió existiendo la división en clases, así como diversas huellas y supervivencias del régimen de servidumbre, pero fundamentalmente la división en clases asumió una forma diferente.

Los dueños del capital, los dueños de la tierra y los dueños de las fábricas constituían y siguen constituyendo, en todos los países capitalistas, una insignificante minoría de la población, que gobierna totalmente el trabajo de todo el pueblo, y, por consiguiente, gobierna, oprime y explota a toda la masa de trabajadores, la mayoría de los cuales son proletarios, trabajadores asalariados, que se ganan la vida en el proceso de producción, sólo vendiendo su mano de obra, su fuerza de trabajo. Con el paso al capitalismo, los campesinos, que habían sido divididos y oprimidos bajo el feudalismo, se convirtieron, en parte (la mayoría) en proletarios, y en parte (la minoría) en campesinos ricos, quienes a su vez contrataron trabajadores y constituyeron la burguesía rural.

Este hecho fundamental -el paso de la sociedad, de las formas primitivas de esclavitud al feudalismo, y por último al capitalismo- es el que deben ustedes tener siempre presente, ya que sólo recordando este hecho fundamental, encuadrando todas las doctrinas políticas en este marco fundamental, estarán en condiciones de valorar debidamente esas doctrinas y comprender qué se proponen. Pues cada uno de estos grandes períodos de la historia de la humanidad -el esclavista, el feudal y el capitalista- abarca decenas y centenares de siglos, y presenta una cantidad tal de formas políticas, una variedad tal de doctrinas políticas, opiniones y revoluciones, que sólo podremos llegar a comprender esta enorme diversidad y esta inmensa variedad -especialmente en relación con las doctrinas políticas, filosóficas y otras de los eruditos y políticos burgueses-, si sabemos aferrarnos firmemente, como a un hilo orientador fundamental, a esta división de la sociedad en clases, a esos cambios de las formas de la dominación de clases, y si analizamos, desde este punto de vista, todos los problemas sociales -económicos, políticos, espirituales, religiosos, etc".

SOBRE LA PRÁCTICA

Mao Tsé Tung, en su artículo titulado "Sobre la práctica", señala que "los marxistas sostienen que la producción en la sociedad humana se desarrolla paso a paso de lo inferior a lo superior, y que en consecuencia; el conocimiento que el hombre tiene tanto de la naturaleza como de la sociedad se desarrolla también paso a paso, de lo inferior a lo superior, es decir, de lo superficial a lo profundo, de lo unilateral a lo multilateral. Durante un período muy largo en la historia, el hombre se vio circunscripto a una comprensión unilateral de la historia de la sociedad, ya que, por una parte, las clases explotadoras la deformaban constantemente debido a sus prejuicios, y, por la otra, la pequeña escala de la producción limitaba la visión del hombre. Sólo cuando surgió el proletariado moderno junto con gigantescas fuerzas productivas (la gran industria), pudo el hombre alcanzar una comprensión global e histórica del desarrollo de la sociedad y transformar este conocimiento en una ciencia, la ciencia del marxismo.

Los marxistas sostienen que la práctica social del hombre es el único criterio de la verdad de

su conocimiento del mundo exterior. Efectivamente, el conocimiento del hombre queda confirmado sólo cuando éste logra los resultados esperados en el proceso de la práctica social (producción material, lucha de clases o experimentación científica). Si el hombre quiere obtener éxito en su trabajo, es decir, lograr los resultados esperados, tiene que hacer concordar sus ideas con las leyes del mundo exterior objetivo; si no consigue esto, fracasa en la práctica. Después de sufrir un fracaso extrae lecciones de él, modifica sus ideas haciéndolas concordar con las leyes del mundo exterior y, de esta manera, puede transformar el fracaso en éxito: he aquí lo que se quiere decir con 'el fracaso es madre del éxito' y 'cada fracaso nos hace más listos'. La teoría materialista dialéctica del conocimiento coloca la práctica en primer plano; considera que el conocimiento del hombre no puede separarse ni en lo más mínimo de la práctica, y repudia todas las teorías erróneas que niegan su importancia o separan de ella el conocimiento. Lenin dijo: 'La práctica es superior al conocimiento (teórico), porque posee no sólo la dignidad de la universalidad, sino también la de la realidad inmediata'. La filosofía marxista -el materialismo dialéctico- tiene dos características sobresalientes. Una es su carácter de clase: afirma explícitamente que el materialismo dialéctico sirve al proletariado. La otra es su carácter práctico: subraya la dependencia de la teoría respecto a la práctica, subraya que la práctica es la base de la teoría y que ésta, a su vez, sirve a la práctica. El que sea verdad o no un conocimiento o teoría no se determina mediante una apreciación subjetiva, sino mediante los resultados objetivos de la práctica social. El criterio de la verdad no puede ser otro que la práctica social. El punto de vista de la práctica es el punto de vista primero y fundamental de la teoría materialista dialéctica del conocimiento".

Por otra parte, Mao afirma que "hay que subrayar dos puntos importantes. El primero (...) es la dependencia del conocimiento racional respecto al conocimiento sensorial. Es idealista quien considere posible que el conocimiento racional no provenga del conocimiento sensorial. En la historia de la filosofía existe la escuela 'racionalista', que sólo reconoce la realidad de la razón y niega la realidad de la experiencia, considerando que sólo es digna de crédito la razón y no la experiencia sensorial; su error consiste en trastocar los hechos. Lo racional merece crédito precisamente porque dimana de lo sensorial; de otro modo, lo racional sería arroyo sin fuente, árbol sin raíces, algo subjetivo, autogenerado e indigno de confianza. En el orden que sigue el proceso del conocimiento, la experiencia sensorial viene primero; si subrayamos la importancia de la práctica social en el proceso del conocimiento, es porque sólo ella puede dar origen al conocimiento humano y permitir al hombre comenzar a adquirir experiencia sensorial del mundo exterior objetivo. Para una persona que cierra los ojos y se tapa los oídos y se aísla totalmente del mundo exterior objetivo, no hay conocimiento posible. El conocimiento comienza con la experiencia: este es el materialismo de la teoría del conocimiento.

El segundo punto es que el conocimiento necesita profundizarse, necesita desarrollarse de la etapa sensorial a la racional: ésta es la dialéctica de la teoría del conocimiento. Pensar que el conocimiento puede quedarse en la etapa inferior, sensorial, y que sólo es digno de crédito el conocimiento sensorial y no el racional, significa caer en el 'empirismo', error ya conocido en la historia. El error de esta teoría consiste en ignorar que los datos proporcionados por las sensaciones, aunque constituyen reflejos de determinadas realidades del mundo exterior objetivo (aquí no me refiero al empirismo idealista, que reduce la experiencia a la llamada introspección), no pasan de ser unilaterales y superficiales, reflejos incompletos de las cosas, que no traducen su esencia. Para reflejar plenamente una cosa en su totalidad, para reflejar su esencia y sus leyes

internas, hay que proceder a una operación mental, someter los ricos datos suministrados por las sensaciones a una elaboración que consiste en desechar la cáscara para quedarse con el grano, descartar lo falso para conservar lo verdadero, pasar de un aspecto a otro y de lo externo a lo interno, formando así un sistema de conceptos y teorías; es necesario dar un salto del conocimiento sensorial al racional. Los conocimientos así elaborados no son menos substanciosos ni menos dignos de confianza. Por el contrario, todo aquello que en el proceso de conocimiento ha sido científicamente elaborado sobre la base de la práctica, refleja la realidad objetiva, como dice Lenin, en forma más profunda, veraz y completa. Los ‘prácticos’ vulgares no proceden así; respetan la experiencia pero desprecian la teoría, y en consecuencia no pueden tener una visión que abarque un proceso objetivo en su totalidad, carecen de una orientación clara y de una perspectiva de largo alcance, y se contentan con éxitos ocasionales y con fragmentos de la verdad. Si esas personas dirigen una revolución, la conducirán a un callejón sin salida”.

Mao Tsé Tung señala que “considerando el proceso en su avance, el movimiento del conocimiento humano no está consumado. En virtud de sus contradicciones y luchas internas, todo proceso, sea natural o social, avanza y se desarrolla, y, en consonancia con ello, también tiene que avanzar y desarrollarse el movimiento del conocimiento humano. En cuanto a los movimientos sociales, los auténticos dirigentes revolucionarios no sólo deben saber corregir los errores que se descubren en sus ideas, teorías, planes o proyectos, como ya se ha dicho anteriormente, sino que, además, cuando un determinado proceso objetivo avanza y cambia pasando de una etapa de desarrollo a otra, ellos deben saber avanzar y cambiar, a la par, en su conocimiento subjetivo, y conseguir que todos los que participan en la revolución hagan lo mismo, es decir, deben saber plantear, de acuerdo con los nuevos cambios producidos en la situación, nuevas tareas revolucionarias y nuevos proyectos de trabajo. En un período revolucionario, la situación cambia con mucha rapidez, y si el conocimiento de los revolucionarios no cambia también rápidamente en conformidad con la situación, ellos no serán capaces de conducir la revolución a la victoria”.

“El idealismo y el materialismo mecanicista, el oportunismo y el aventurerismo, se caracterizan por la ruptura entre lo subjetivo y lo objetivo, por la separación entre el conocimiento y la práctica. La teoría marxista-leninista del conocimiento, caracterizada por la práctica social científica, no puede dejar de oponerse categóricamente a estas concepciones erróneas. Los marxistas reconocen que, en el proceso general absoluto del desarrollo del universo, el desarrollo de cada proceso determinado es relativo y que, por eso, en el torrente infinito de la verdad absoluta, el conocimiento humano de cada proceso determinado en una etapa dada de desarrollo es sólo una verdad relativa. La suma total de las incontables verdades relativas constituye la verdad absoluta. El desarrollo de todo proceso objetivo está lleno de contradicciones y luchas; y también lo está el desarrollo del movimiento del conocimiento humano. Todo movimiento dialéctico del mundo objetivo se refleja, tarde o temprano, en el conocimiento humano. En la práctica social, el proceso de nacimiento, desarrollo y extinción es infinito. Y así lo es el proceso de nacimiento, desarrollo y extinción en el conocimiento humano. A medida que avanza cada vez más lejos la práctica del hombre que transforma la realidad objetiva de acuerdo con determinadas ideas, teorías, planes o proyectos, más y más profundo se va haciendo el conocimiento que de la realidad objetiva tiene el hombre. Nunca terminará el movimiento de cambio en el mundo de la realidad objetiva, y tampoco tendrá fin la cognición de la verdad por el hombre a través de la práctica. El marxismo-leninismo no ha agotado en modo alguno la

verdad, sino que en el curso de la práctica abre sin cesar el camino hacia su conocimiento”.

“Descubrir la verdad a través de la práctica y, nuevamente a través de la práctica, comprobarla y desarrollarla. Partir del conocimiento sensorial y desarrollarlo activamente convirtiéndolo en conocimiento racional; luego, partir del conocimiento racional y guiar activamente la práctica revolucionaria para transformar el mundo subjetivo y el mundo objetivo. Practicar, conocer, practicar otra vez y conocer de nuevo. Esta forma se repite en infinitos ciclos, y, con cada ciclo, el contenido de la práctica y del conocimiento se eleva a un nivel más alto. Esta es en su conjunto la teoría materialista dialéctica de la unidad entre el saber y el hacer”.

SOBRE LA DEFINICIÓN DEL PROLETARIADO Y LA BURGUESÍA

Frecuentemente, a raíz del dogmatismo de ciertos marxistas, se sostiene una falsa idea de lo que es el proletariado. En función de esto muchos creen que proletariado es sólo los asalariados industriales. Pero no es así. Marx y Engels, en el manifiesto comunista, identifican al proletariado como los obreros modernos. Está claro que en época de Marx y Engels los obreros modernos eran en su mayoría del sector industrial. Pero la categoría de obrero moderno no se puede reducir a los trabajadores contemporáneos de Marx y Engels sino a los trabajadores propios del modo de producción capitalista, es decir, a los trabajadores asalariados. El proletario es el agente económico que no posee otra cosa que su fuerza de trabajo, la que pone en venta al capitalista que, propietario de los medios de producción, es quien puede comprarla, para extraer de esta mercancía el trabajo, y del trabajo, el plusvalor.

La denominada clase media representa una categoría imprecisa desde el punto de vista marxista, ya que incluye en ella a variadas clases y sectores de clase. Esta definición viene determinada por un cierto nivel de ingreso que es independiente de la naturaleza y las relaciones de producción de cada uno de los agentes económicos incluidos dentro de ella. Así, dentro de la “clase media” se incluyen pequeño burgueses, asalariados, etc.

Lo concreto es que a medida que el capitalismo se desarrolla van desapareciendo las expresiones residuales de las viejas relaciones de producción. Las relaciones de producción se generalizan y homogeneizan como puramente capitalistas, y como resultado de ello, se desarrolla el proletariado (los desocupados también son parte del proletariado) por un lado, y la gran burguesía por otro.

Un ejemplo de cómo la gran empresa capitalista no deja actividad lucrativa sin abarcar es el de los hipermercados, en la esfera de la distribución de las mercancías. Su expansión es un fenómeno que se evidenció en los últimos años, provocando el quebranto de miles de pequeños burgueses que poseían pequeños comercios.

LA NATURALEZA DEL ESTADO

Esto es lo que sobre el Estado manifiesta Lenin en la aludida conferencia de 1919: “si dejamos de lado las llamadas doctrinas religiosas, las sutilezas, los argumentos filosóficos y las diversas opiniones erigidas por los eruditos burgueses, y procuramos llegar a la verdadera esencia del asunto, veremos que el Estado es en realidad un aparato de gobierno, separado de la sociedad humana. Cuando aparece un grupo especial de hombres de esta clase, dedicados exclusivamente

a gobernar y que para gobernar necesitan de un aparato especial de coerción para someter la voluntad de otros por la fuerza -cárceles, grupos especiales de hombres, ejércitos, etc.-, es cuando aparece el Estado.

Pero hubo un tiempo en que no existía el Estado, en que los vínculos generales, la sociedad misma, la disciplina y organización del trabajo se mantenían por la fuerza de la costumbre y la tradición, por la autoridad y el respeto de que gozaban los ancianos del clan o las mujeres - quienes en aquellos tiempos no sólo gozaban de una posición social igual a la de los hombres, sino que, no pocas veces, gozaban incluso de una posición social superior-, y en que no había una categoría especial de personas que se especializaban en gobernar. La historia demuestra que el Estado, como aparato especial para la coerción de los hombres, surge solamente donde y cuando aparece la división de la sociedad en clases, o sea, la división en grupos de personas, algunas de las cuales se apropian permanentemente del trabajo ajeno, donde unos explotan a otros. (...)

El Estado es una máquina para mantener la dominación de una clase sobre otra. Cuando no existían clases en la sociedad, cuando, antes de la época de la esclavitud, los hombres trabajaban en condiciones primitivas de mayor igualdad, en condiciones en que la productividad del trabajo era todavía muy baja y cuando el hombre primitivo apenas podía conseguir con dificultad los medios indispensables para la existencia más tosca y primitiva, entonces no surgió, ni podía surgir, un grupo especial de hombres separados especialmente para gobernar y dominar al resto de la sociedad. Sólo cuando apareció la primera forma de la división de la sociedad en clases, cuando apareció la esclavitud, cuando una clase determinada de hombres, al concentrarse en las formas más rudimentarias del trabajo agrícola, pudo producir cierto excedente, y cuando este excedente no resultó absolutamente necesario para la más mísera existencia del esclavo y pasó a manos del propietario de esclavos, cuando de este modo quedó asegurada la existencia de la clase de los propietarios de esclavos, entonces, para que ésta pudiera afianzarse era necesario que apareciera un Estado.

Y apareció el Estado esclavista, un aparato que dio poder a los propietarios de esclavos y les permitió gobernar a los esclavos. La sociedad y el Estado eran entonces mucho más reducidos que en la actualidad, poseían medios de comunicación incomparablemente más rudimentarios; no existían entonces los modernos medios de comunicación. Las montañas, los ríos y los mares eran obstáculos incomparablemente mayores que hoy, y el Estado se formó dentro de límites geográficos mucho más estrechos. Un aparato estatal técnicamente débil servía a un Estado confinado dentro de límites relativamente estrechos y con una esfera de acción limitada. Pero, de cualquier modo, existía un aparato que obligaba a los esclavos a permanecer en la esclavitud, que mantenía a una parte de la sociedad sojuzgada y oprimida por la otra. Es imposible obligar a la mayor parte de la sociedad a trabajar en forma sistemática para la otra parte de la sociedad sin un aparato permanente de coerción. Mientras no existieron clases, no hubo un aparato de este tipo. Cuando aparecieron las clases, siempre y en todas partes, a medida que la división crecía y se consolidaba, aparecía también una institución especial: el Estado. Las formas de Estado eran en extremo variadas. Ya durante el período de la esclavitud encontramos diversas formas de Estado en los países más adelantados, más cultos y civilizados de la época, por ejemplo en la antigua Grecia y en la antigua Roma, que se basaban íntegramente en la esclavitud. Ya había surgido en aquel tiempo una diferencia entre monarquía y república, entre aristocracia y democracia. La monarquía es el poder de una sola persona, la república es la ausencia de

autoridades no elegidas; la aristocracia es el poder de una minoría relativamente pequeña, la democracia, el poder del pueblo (democracia en griego, significa literalmente poder del pueblo). Todas estas diferencias surgieron en la época de la esclavitud. A pesar de estas diferencias, el Estado de la época esclavista era un Estado esclavista, ya se tratara de una monarquía o de una república, aristocrática o democrática.

En todos los cursos de historia de la antigüedad, al escuchar la conferencia sobre este tema, les hablarán de la lucha librada entre los Estados monárquicos y los republicanos. Pero el hecho fundamental es que los esclavos no eran considerados seres humanos; no sólo no se los consideraba ciudadanos, sino que ni siquiera se los consideraba seres humanos. El derecho romano los consideraba como bienes. La ley sobre el homicidio, para no mencionar otras leyes de protección de la persona, no amparaba a los esclavos. Defendía sólo a los propietarios de esclavos, los únicos que eran reconocidos como ciudadanos con plenos derechos. Lo mismo daba que gobernara una monarquía o una república: tanto una como otra eran una república de los propietarios de esclavos o una monarquía de los propietarios de esclavos. Estos gozaban de todos los derechos, mientras que los esclavos, ante la ley, eran bienes; y contra el esclavo no sólo podía perpetrarse cualquier tipo de violencia, sino que incluso matar a un esclavo no era considerado delito. Las repúblicas esclavistas diferían en su organización interna: había repúblicas aristocráticas y repúblicas democráticas. En la república aristocrática participaba en las elecciones un reducido número de privilegiados; en la república democrática participaban todos, pero siempre todos los propietarios de esclavos, todos, menos los esclavos. Debe tenerse en cuenta este hecho fundamental, pues arroja más luz que ningún otro sobre el problema del Estado, y pone claramente de manifiesto la naturaleza del Estado.

El cambio en la forma de explotación transformó el Estado esclavista en Estado feudal. Esto tuvo una enorme importancia. En la sociedad esclavista, el esclavo no gozaba de ningún derecho y no era considerado un ser humano; en la sociedad feudal, el campesino se hallaba sujeto a la tierra. El principal rasgo de la servidumbre era que a los campesinos (y en aquel tiempo los campesinos constituían la mayoría, pues la población urbana era todavía muy poco desarrollada) se los consideraba sujetos a la tierra: de ahí se deriva este concepto mismo -la servidumbre. El campesino podía trabajar cierto número de días para sí mismo en la parcela que le asignaba el señor feudal; los demás días el campesino siervo trabajaba para su señor. Subsistía la esencia de la sociedad de clases: la sociedad se basaba en la explotación de clase. Sólo los propietarios de la tierra gozaban de plenos derechos; los campesinos no tenían ningún derecho. En la práctica su situación no difería mucho de la situación de los esclavos en el Estado esclavista. Sin embargo, se había abierto un camino más amplio para su emancipación, para la emancipación de los campesinos, ya que el campesino siervo no era considerado propiedad directa del señor feudal. Podía trabajar una parte de su tiempo en su propia parcela; podía, por así decirlo, ser, hasta cierto punto, dueño de sí mismo; y al ampliarse las posibilidades de desarrollo del intercambio y de las relaciones comerciales, el sistema feudal se fue desintegrando progresivamente y se fueron ampliando progresivamente las posibilidades de emancipación del campesinado. La sociedad feudal fue siempre más compleja que la sociedad esclavista. Había un importante factor de desarrollo del comercio y la industria, cosa que, incluso en esa época, condujo al capitalismo. El feudalismo predominaba en la Edad Media. Y también aquí diferían las formas del Estado; también aquí encontramos la monarquía y la república, aunque esta última se manifestaba mucho más débilmente. Pero siempre se consideraba al señor feudal como el único gobernante.

Los campesinos siervos carecían totalmente de derechos políticos.

Ni bajo la esclavitud ni bajo el feudalismo podía una reducida minoría de personas dominar a la enorme mayoría sin recurrir a la coerción. La historia está llena de constantes intentos de las clases oprimidas por librarse de la opresión. La historia de la esclavitud nos habla de guerras de emancipación de los esclavos que duraron décadas enteras. El nombre de 'espartaquistas', entre paréntesis, que han adoptado ahora los comunistas alemanes -el único partido alemán que realmente lucha contra el yugo del capitalismo-, lo adoptaron debido a que Espartaco fue el héroe más destacado de una de las más grandes sublevaciones de esclavos que tuvo lugar hace unos dos mil años. Durante varios años el Imperio romano, que parecía omnipotente y que se apoyaba por entero en la esclavitud, sufrió los golpes y sacudidas de un extenso levantamiento de esclavos, armados y agrupados en un vasto ejército, bajo la dirección de Espartaco. Al fin y al cabo fueron derrotados, capturados y torturados por los propietarios de esclavos. Guerras civiles como éstas jalonan toda la historia de la sociedad de clases. Lo que acabo de señalar es un ejemplo de la más importante de estas guerras civiles en la época de la esclavitud. Del mismo modo, toda la época del feudalismo se halla jalonada por constantes sublevaciones de los campesinos. En Alemania, por ejemplo, en la Edad Media, la lucha entre las dos clases -terratenientes y siervos- asumió amplias proporciones y se transformó en una guerra civil de los campesinos contra los terratenientes. Todos ustedes conocen ejemplos similares de constantes levantamientos de los campesinos contra los terratenientes feudales en Rusia.

El desarrollo del comercio, el desarrollo del intercambio de mercancías, condujeron a la formación de una nueva clase, la de los capitalistas. El capital se conformó como tal al final de la Edad Media, cuando, después del descubrimiento de América, el comercio mundial adquirió un desarrollo enorme, cuando aumentó la cantidad de metales preciosos, cuando la plata y el oro se convirtieron en medios de cambio, cuando la circulación monetaria permitió a ciertos individuos acumular enormes riquezas. La plata y el oro fueron reconocidos como riqueza en todo el mundo. Declinó el poder económico de la clase terrateniente y creció el poder de la nueva clase, los representantes del capital. La sociedad se reorganizó de tal modo, que todos los ciudadanos parecían ser iguales, desapareció la vieja división en propietarios de esclavos y esclavos, y todos los individuos fueron considerados iguales ante la ley, independientemente del capital que poseyeran -propietarios de tierras o pobres hombres sin más propiedad que su fuerza de trabajo, todos eran iguales ante la ley. La ley protege a todos por igual; protege la propiedad de los que la tienen, contra los ataques de las masas que, al no poseer ninguna propiedad, al no poseer más que su fuerza de trabajo, se empobrecen y arruinan poco a poco y se convierten en proletarios. Tal es la sociedad capitalista. (...)

Las formas de dominación del Estado pueden variar: el capital manifiesta su poder de un modo donde existe una forma y de otro donde existe otra forma, pero el poder está siempre, esencialmente, en manos del capital, ya sea que exista o no el voto restringido u otros derechos, ya sea que se trate de una república democrática o no; en realidad, cuanto más democrática es, más burda y cínica es la dominación del capitalismo. Una de las repúblicas más democráticas del mundo es Estados Unidos de Norteamérica, y sin embargo, en ninguna parte (y quienes hayan estado allí después de 1905 probablemente lo saben) es tan crudo y tan abiertamente corrompido como en Norteamérica el poder del capital, el poder de un puñado de multimillonarios sobre toda la sociedad. El capital, una vez que existe, domina la sociedad entera, y ninguna república democrática, ningún derecho electoral pueden cambiar la esencia del asunto.

La república democrática y el sufragio universal representaron un enorme progreso comparado con el feudalismo: permitieron al proletariado lograr su actual unidad y solidaridad y formar esas filas compactas y disciplinadas que libran una lucha sistemática contra el capital. No existió nada ni siquiera parecido a esto entre los campesinos siervos y ni qué hablar ya entre los esclavos. Los esclavos, como sabemos se sublevaron, se amotinaron e iniciaron guerras civiles, pero no podían llegar a crear una mayoría consciente y partidos que dirigieran la lucha; no podían comprender claramente cuáles eran sus objetivos, e incluso en los momentos más revolucionarios de la historia fueron siempre peones en manos de las clases dominantes. La república burguesa, el Parlamento, el sufragio universal, todo ello constituye un inmenso progreso desde el punto de vista del desarrollo mundial de la sociedad. La humanidad avanzó hacia el capitalismo y fue el capitalismo solamente, lo que, gracias a la cultura urbana, permitió a la clase oprimida de los proletarios adquirir conciencia de sí misma y crear el movimiento obrero mundial, los millones de obreros organizados en partidos en el mundo entero; los partidos socialistas que dirigen conscientemente la lucha de las masas. Sin parlamentarismo, sin un sistema electoral, habría sido imposible este desarrollo de la clase obrera. Es por ello que todas estas cosas adquirieron una importancia tan grande a los ojos de las grandes masas del pueblo. Es por ello que parece tan difícil un cambio radical. No son sólo los hipócritas conscientes, los sabios y los curas quienes sostienen y defienden la mentira burguesa de que el Estado es libre y que tiene por misión defender los intereses de todos; lo mismo hacen muchísimas personas atadas sinceramente a los viejos prejuicios y que no pueden entender la transición de la sociedad antigua, capitalista, al socialismo. Y no sólo las personas que dependen directamente de la burguesía, no sólo quienes viven bajo el yugo del capital o sobornados por el capital (hay gran cantidad de científicos, artistas, sacerdotes, etc., de todo tipo al servicio del capital), sino incluso personas simplemente influidas por el prejuicio de la libertad burguesa, se han movilizadо contra el bolchevismo en el mundo entero, porque cuando fue fundada la República Soviética rechazó estas mentiras burguesas y declaró abiertamente: ustedes dicen que su Estado es libre, cuando en realidad, mientras exista la propiedad privada, el Estado de ustedes, aunque sea una república democrática, no es más que una máquina en manos de los capitalistas para reprimir a los obreros, y mientras más libre es el Estado, con mayor claridad se manifiesta esto.

Ejemplos de ello nos los brindan Suiza en Europa, y Estados Unidos en América. En ninguna parte domina el capital en forma tan cínica e implacable y en ninguna parte su dominación es tan ostensible como en estos países, a pesar de tratarse de repúblicas democráticas, por muy bellamente que se las pinte y por mucho que en ellas se hable de democracia del trabajo y de igualdad de todos los ciudadanos. El hecho es que en Suiza y en Norteamérica domina el capital, y cualquier intento de los obreros por lograr la menor mejora efectiva de su situación, provoca inmediatamente la guerra civil. En estos países hay pocos soldados, un ejército regular pequeño -Suiza cuenta con una milicia y todos los ciudadanos suizos tienen un fusil en su casa, mientras que en Estados Unidos, hasta hace poco, no existía un ejército regular-, de modo que cuando estalla una huelga, la burguesía se arma, contrata soldados y reprime la huelga; en ninguna parte la represión del movimiento obrero es tan cruel y feroz como en Suiza y en Estados Unidos, y en ninguna parte se manifiesta con tanta fuerza como en estos países la influencia del capital sobre el Parlamento. La fuerza del capital lo es todo, la Bolsa es todo, mientras que el Parlamento y las elecciones no son más que muñecos, marionetas... Pero los obreros van abriendo cada vez más los ojos y la idea del poder soviético va extendiéndose cada vez más, sobre todo después de

la sangrienta matanza por la que acabamos de pasar. La clase obrera advierte cada vez más la necesidad de luchar implacablemente contra los capitalistas.

Cualquiera sea la forma con que se encubra una república, por democrática que sea, si es una república burguesa, si conserva la propiedad privada de la tierra, de las fábricas, si el capital privado mantiene a toda la sociedad en la esclavitud asalariada, es decir, si la república no lleva a la práctica lo que se proclama en el programa de nuestro Partido y en la Constitución soviética, entonces ese Estado es una máquina para que unos repriman a otros. Y debemos poner esta máquina en manos de la clase que habrá de derrocar el poder del capital. Debemos rechazar todos los viejos prejuicios acerca de que el Estado significa la igualdad universal; pues esto es un fraude: mientras exista explotación no podrá existir igualdad. El terrateniente no puede ser igual al obrero, ni el hombre hambriento igual al saciado. La máquina, llamada Estado, y ante la que los hombres se inclinaban con supersticiosa veneración, porque creían en el viejo cuento de que significa el Poder de todo el pueblo, el proletariado la rechaza y afirma: es una mentira burguesa. Nosotros hemos arrancado a los capitalistas esta máquina y nos hemos apoderado de ella. Utilizaremos esa máquina, o garrote, para liquidar toda explotación; y cuando toda posibilidad de explotación haya desaparecido del mundo, cuando ya no haya propietarios de tierras ni propietarios de fábricas, y cuando no exista ya una situación en la que unos están saciados mientras otros padecen hambre, sólo cuando haya desaparecido por completo la posibilidad de esto, relegaremos esta máquina a la basura. Entonces no existirá Estado ni explotación”.

NACIONALISMO BURGUÉS Y NACIONALISMO REVOLUCIONARIO

Lo que sigue a continuación son extractos del libro de R. Carpani, "nacionalismo burgués y nacionalismo revolucionario"

- Algunas definiciones generales previas

En su sentido más amplio y general la nación es el resultado de vínculos materiales y espirituales establecidos a través del tiempo por los habitantes de un mismo territorio. Dichos vínculos se anudan en base a la comunicación mediante un mismo idioma, la participación común en una misma cultura (creencias, costumbres, hábitos, tradiciones, estilos de vida y pensamiento, más los testimonios literarios y artísticos que les corresponden), y, principalmente, en base a las relaciones derivadas del modo de organizarse el trabajo a nivel social y de cómo se intercambian entre los miembros de la comunidad los bienes que ese trabajo produce, es decir, en base a las relaciones derivadas de los modos de producción y distribución de los productos del trabajo social.

Naturalmente, desde los orígenes mismos de la humanidad y, por lo tanto, mucho antes de la aparición histórica de las naciones tal como las concebimos hoy día, los hombres siempre actuaron solidariamente, sea en empresas de producción, defensa o agresión, en función del logro de determinados objetivos sentidos como comunes. Constituyeron, también, comunidades lingüísticas y culturales asentadas en un mismo territorio y más o menos estables históricamente (por ejemplo, los grandes imperios, civilizaciones y culturas de la antigüedad y los reinos, principados, etc., de la época feudal).

Sin embargo, como los distintos modos de producción, y las relaciones sociales que les corresponden, determinan en última instancia las distintas formas históricas de organización

comunitaria, el carácter nuevo e inédito que en el transcurso de los últimos siglos comienzan a asumir dichos modos de producción, determina la aparición de la nación como una forma histórica de organización comunitaria igualmente nueva e inédita. La nación -o la necesidad de constituir-la-, aparece, así, recién en un cierto nivel de desarrollo histórico de las fuerzas productivas, y respondiendo a la necesidad de esas fuerzas productivas de continuar desarrollándose. Dicha necesidad presenta dos aspectos fundamentales:

a) Necesidad de expansión y consolidación de un amplio mercado unificado, centralizado y sin barreras, que al mismo tiempo que asimile fácilmente la creciente productividad del trabajo, resultante de una creciente tecnificación (mayor división del trabajo, etc.), satisfaga la igualmente creciente demanda de materia prima para la producción.

b) Necesidad de contar con una mayor cantidad de mano de obra disponible, respondiendo al ritmo ascendente de la producción y al nuevo carácter que ella asume.

El primer aspecto determinó en lo político y económico el rompimiento de las barreras aislacionistas feudales, la unificación de los territorios lingüística y culturalmente homogéneos, el establecimiento de monedas y sistemas de pesos y medidas uniformes, que facilitarían el intercambio de mercancías, etc. Todo ello en el marco de una organización jurídico-política única y centralizada: el estado nacional.

El segundo aspecto determinó, a su vez, la liquidación jurídica de las relaciones de servidumbre o esclavitud entre los hombres, que habían caracterizado a todas las formas de organización comunitaria preexistentes en la historia, determinando así la disponibilidad de una mano de obra libre de ser contratada según los requerimientos de la producción.

En su complementación, ambos aspectos establecieron las características básicas de la organización nacional, como organización comunitaria distinta e inédita. En primer lugar, el sentimiento comunitario entre los habitantes de territorios anteriormente aislados se extendió geográficamente hasta los límites impuestos por las diferencias lingüísticas y culturales. De este modo, ganó enormemente en extensión, respecto a las anteriores formas de organización feudal. En segundo lugar, sobre la base de la igualdad jurídica entre todos los hombres, ese sentimiento comunitario se generalizó a todos los miembros de la comunidad, sin distinciones de casta o situación social, planteándose como un sentimiento comunitario entre "iguales". En los hechos, al subsistir las diferencias de clase basadas en la propiedad privada de los medios de producción por parte de unos pocos, frente a la posesión de sólo su fuerza de trabajo por parte de la inmensa mayoría, esa igualdad era, y es, totalmente ficticia. Pero, al existir como realidad (aunque ilusoria) en la conciencia de los hombres, al creer éstos realmente en la igualdad de posibilidades para todos, sirvió de fundamento a esa generalización social del sentimiento comunitario nacional, diferenciándolo netamente de las distintas formas de sentimiento comunitario -limitado por las diferencias de casta (de raza, de sangre, etc.)- existentes anteriormente. Se desarrolla así la idea de patria, frente a la cual todos, pobres y ricos, se sienten espiritualmente mancomunados. Este nuevo sentimiento comunitario, extendido geográficamente sobre una determinada área cultural que abarca hasta sus límites extremos, y generalizado a todos los estratos de la sociedad como solidaridad en torno a símbolos comunes, es lo que llamaremos sentimiento nacional. Llamaremos, en cambio, conciencia nacional a la conciencia -ligada a ese sentimiento y que lo encauza- que adquieren los habitantes de un territorio, de su pertenencia a una comunidad específica y diferenciada, con un pasado histórico común propio y distinto en el cual se reconocen y, especialmente, con un presente y un porvenir que deben ser autónomamente determinados por

los propios integrantes de esa comunidad, y sólo por ellos.

Sobre la base del surgimiento histórico del sentimiento y la conciencia nacionales, y adecuándose a las características de cada realidad, aparece el nacionalismo, como sistema de ideas que los expresa a nivel teórico y político.

La posterior expansión colonialista de aquellas naciones que primero se organizaron nacionalmente, introduce en las zonas del mundo periférico que van conquistando, junto con la explotación más desenfundada, condiciones materiales y psicológicas que promueven en esas zonas la necesidad de constituir, a su vez, naciones independientes. Se desarrollan, así, en ellas, el sentimiento y la conciencia nacionales, fundamentando un nacionalismo que, como veremos, adquirirá características propias y distintivas.

- El sentimiento nacional de los pueblos constituyó y constituye un factor de primera importancia en las luchas políticas y sociales de nuestra época.

Un simple vistazo sobre el proceso histórico mundial de los dos últimos siglos y sobre la realidad presente de los pueblos, basta para detectar la presencia permanente del sentimiento nacional como un factor emocional fundamental en la movilización de las masas. La eficacia a nivel popular de la prédica "patriótica" en las guerras coloniales de conquista y en las guerras interimperialistas desatadas por las grandes potencias, por una parte, y la importancia de la afirmación nacional en la rebelión revolucionaria de los pueblos sojuzgados por el colonialismo y el imperialismo, por otra, testimonian de dos modos distintos esa presencia activa del sentimiento nacional en las masas y su poder movilizador.

Sin embargo, esta distinción pone ya de manifiesto que no siempre dicho sentimiento ha actuado ni actúa con un sentido histórico y social similar. Concretamente: no posee el mismo contenido, por ejemplo, el sentimiento nacional exaltado a nivel de masas por los nazis en la Alemania de los años 30, que el sentimiento nacional del pueblo vietnamita expulsando de su territorio a los colonialistas franceses o a los invasores yanquis.. Los distintos sentidos en que actúa el sentimiento nacional de los pueblos son, pues, en muchos casos, absolutamente contrapuestos unos con otros. Y esta contraposición veremos que depende fundamentalmente de los diferentes y contrapuestos intereses de clase que encauzan dicho sentimiento en uno u otro sentido. Lo que varía es, entonces, el contenido de clase que a través de él se expresa y que, según las circunstancias, hace que el nacionalismo se constituya en un sistema de ideas y un instrumento emocional al servicio de los explotadores o, por el contrario, en una bandera de lucha de los oprimidos contra toda forma de opresión.

- Surgido históricamente como resultado de la lucha de clases, el nacionalismo tiene en sus orígenes un carácter profundamente popular y revolucionario.

Concretamente: la gran propiedad territorial en manos de la nobleza, perpetuando los modos de producción feudales y sus relaciones derivadas (esto es: una economía cerrada en sí misma, de tipo natural, en la que tan sólo se producía lo que se consumía y se consumía lo que se producía, basada, a su vez, en la condición servil del trabajador campesino) trababa el desarrollo de la agricultura, impidiendo al mismo tiempo el crecimiento del mercado comprador de productos elaborados y suministrador de la materia prima y la mano de obra necesarias para la producción y el comercio burgueses.

La nación aparece, así, como resultado de la lucha burguesa por la conquista y unificación de un mercado más amplio, barriendo los remanentes del sistema feudal y con ellos el predominio político y social de la nobleza. Aparece, pues, como resultado de la lucha por el predominio

económico, político y social entre dos clases antagónicas.

Sin embargo, éste es tan solo un aspecto del carácter de lucha de clases que tuvo el proceso constitutivo inicial de los estados nacionales. El otro aspecto, que completa y totaliza ese carácter, fue la presencia multitudinaria de las masas populares.

En efecto, la burguesía no podía librar exitosamente por sí sola la batalla contra la aristocracia feudal. Necesitaba apoyarse en la movilización revolucionaria del pueblo, y para ello debía identificar sus reivindicaciones con las reivindicaciones fundamentales de ese pueblo. Al mismo tiempo, pese a su creciente poderío económico, su situación política y social continuaba siendo de subordinación respecto a la nobleza, lo que la llevaba a enarbolar naturalmente consignas de tipo democrático general. Aparecen así, como motor de la lucha nacional las consignas de justicia, libertad, igualdad, fraternidad, democracia, en torno a las cuales se movilizan las masas, prestando a dicha lucha en sus orígenes un contenido profundamente popular y revolucionario.

El cumplimiento de las consignas democráticas enarboladas por la burguesía y con las cuales se identificaron las masas populares, significaba la superación de los privilegios y de la servidumbre feudales. Dicha superación, imprescindible para el desarrollo de los intereses de la burguesía, coincidía con la necesidad natural de mejores condiciones de vida por parte de las masas explotadas. Sobre la base de esta coincidencia van apareciendo el sentimiento y la conciencia nacionales como expresión de la voluntad mayoritaria de la sociedad, en lucha contra la aristocracia feudal.

La presencia activa y primordial de las masas trabajadoras a lo largo de esas luchas constituyó el factor determinante del triunfo burgués y de la constitución de los modernos estados nacionales. Dicho triunfo y el papel dirigente de la clase burguesa, sólo fueron posibles en la medida que ésta se expresó políticamente identificando sus intereses con los de la comunidad avasallada.

- La burguesía capitalizó la lucha nacional en su beneficio exclusivo y contra los intereses de los trabajadores.

Abatida la nobleza, constituido el estado nacional y consolidado el sentimiento nacional en las masas que habían protagonizado la lucha (sentimiento comunitario que en la conciencia de los trabajadores se identificaba con la liberación de toda opresión social), se rompe la aparente identidad de intereses entre la burguesía y las masas populares. Se plantea, así, con toda crudeza, la contradicción de fondo existente entre los intereses de clase de la burguesía y el incumplimiento de los objetivos de liberación social integral por los cuales había luchado el pueblo trabajador.

La formación del estado nacional no constituía un fin en sí mismo. Era simplemente un resultado de la lucha antifeudal y un medio por el cual tanto las masas como la burguesía buscaban satisfacer los intrínsecamente opuestos intereses de unas y otra.

Para la burguesía, el motivo determinante de su sentimiento nacional y la causa impulsora que la había llevado a la lucha antifeudal se agotaba en la satisfacción de sus necesidades de desarrollo como clase. Triunfante la revolución, su condición directiva garantizó el cumplimiento de esa finalidad, poniendo inmediatamente de manifiesto su contradicción con las apetencias mayoritarias de las masas. En las masas, en cambio, el motivo determinante de su sentimiento nacional era el afán natural por mejores condiciones de vida. A diferencia de lo que ocurría en el caso de la burguesía, el carácter comunitario de dicho sentimiento no se encontraba en ellas limitado por específicos intereses de clase, sino que se proyectaba realmente a toda la sociedad y a la nación. Pero el cumplimiento pleno de esos objetivos humanos (los ideales de justicia,

igualdad, libertad, etcétera), al entrar en contradicción con los intereses de clase de la burguesía dirigente, se reveló imposible, frustrándose en beneficio de esta última. Llegado un determinado momento de la revolución triunfante, cuando en pos del cumplimiento de las finalidades perseguidas por las masas en su lucha nacional, sectores de éstas amenazaron con rebasar los fines de la burguesía, fueron sangrientamente reprimidas por la propia burguesía hasta ayer revolucionaria.

- La burguesía desfiguró el sentido revolucionario social integral que poseía el nacionalismo en sus orígenes dándole un contenido clasista-burgués y reaccionario.

La nación se constituyó, pues, política y jurídicamente como nación burguesa, y el predominio económico, político y cultural de la burguesía determinó su predominio en el terreno de las ideas generalizadas a nivel social, imponiendo sus propias concepciones al resto de la sociedad. De este modo, el nacionalismo, en tanto expresión política e ideológica del sentimiento y la conciencia nacionales, comenzó a identificarse con todo aquello que significara la preservación de la explotación capitalista y el acrecentamiento del poder de la burguesía como clase. Fue perdiendo así, por boca de los representantes del orden burgués, los contenidos revolucionarios que tuvo en sus orígenes y se identificó en adelante con todo lo que significara el ordenamiento estable de la opresión de clase, olvidándose que la nación había surgido, precisamente, de la lucha contra esa opresión. Se excluyó, al mismo tiempo, calificándolo como antinacional (contrario al "estilo de vida tradicional") o tergiversando su real significación, todo aspecto de la vida del pueblo y episodio de su historia que directa o indirectamente contrariara el dominio de clase. Así desvirtuado, el nacionalismo perdió su carácter popular revolucionario inicial, haciéndose clasista-burgués y reaccionario. Fue, a partir de entonces, nacionalismo burgués y en su generalización social sirvió a la burguesía como barrera ideológica al servicio del mantenimiento de sus privilegios en el plano interno, y como impulsor emocional popular al servicio del pillaje y las guerras imperialistas llevadas a cabo por las distintas burguesías de los países avanzados en pugna por el reparto del mundo.

El nacionalismo burgués se erigió en un importantísimo elemento deformador de la conciencia colectiva de las masas, impulsándolas a actitudes reaccionarias respecto a otros pueblos, en beneficio de quienes son sus explotadores directos. Bajo las formas del patriotismo exacerbado y ciego que fue adoptando, sirvió y sirve, especialmente en las actuales potencias imperialistas, para desviar al pueblo de su propia lucha de liberación contra la burguesía, entorpeciendo la toma de conciencia de sus fines históricos y humanos y actuando como válvula de escape de sus frustraciones colectivas. La cháchara "patriótica" sirvió y sirve, así, de pantalla a la avidez explotadora de una minoría que incluso no vacila en pisotear el sentimiento y la conciencia nacionales de sus propios países, cuando sus intereses -que rebasan las fronteras nacionales- así lo exigen.

La burguesía se arrogó la representatividad de la totalidad de la nación, representando en realidad tan sólo sus apetencias de clase, contrapuestas a los intereses del pueblo que conforma la nación real. Así, si tomamos el nacionalismo en su auténtica e inicial significación revolucionaria y popular, esta clase, que fue nacional en sus orígenes (al coincidir sus objetivos de clase con los objetivos del pueblo en la lucha contra la nobleza), se hizo, en los hechos, antinacional, ya que lejos de propender su acción hacia una liberación y humanización de las masas que conforman la nación real, acentúa la explotación de éstas, deformando al máximo su conciencia social.

- El nacionalismo burgués de los países centrales genera su contrapartida en el mundo colonial

y semicolonial por ellos explotados.

Consolidado el estado nacional en aquellas naciones que por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas fueron las primeras en organizarse como tales, las propias necesidades expansivas de sus respectivas burguesías las lanzaron a la conquista de los territorios del mundo periférico que, por diversas circunstancias históricas y sociales, aun no habían alcanzado un grado similar de desarrollo.

Dicha conquista se efectuó, ya sea mediante el control político-militar directo y absoluto de esos territorios, o en forma indirecta; mediante alianzas con las clases dominantes nativas, subordinándolas económica, política y culturalmente. Nace así el mundo colonial y semicolonial, al cual pertenecemos. La conquista implanta en esos territorios condiciones indispensables a la aparición de la necesidad de erigirse en estados realmente independientes como única vía para terminar con la explotación.

Sin embargo, el proceso constitutivo de los estados nacionales, que en los países centrales se había dado de manera natural y espontánea, siguiendo las secuencias del desarrollo histórico armónico de las fuerzas productivas y sin mayores interferencias externas que los neutralizaran, en los países del mundo colonial y semicolonial, que acceden tardíamente o en situación de debilidad a la aparición de la conciencia nacional, se ve, en cambio, interferido, obstaculizado o directamente impedido por la acción disgregadora de esos países centrales. La lucha por constituir el estado nacional no se plantea en ellos simplemente como lucha contra un factor interno: la aristocracia feudal, que frena desde dentro el desarrollo de las fuerzas productivas, sino, contra un factor que, aunque internalizado a través de la dependencia de las clases dominantes nativas, su fuente era y es externa y su acción no se limita simplemente a entorpecer el desarrollo de las fuerzas productivas, sino, fundamentalmente, a distorsionar dicho desarrollo en función del mantenimiento de la situación de dependencia y, con ella, la explotación de las masas trabajadoras.

Para las nacionalidades del mundo colonial y semicolonial, el llegar a constituirse y realizarse como naciones realmente libres, independientes y soberanas, no resulta entonces natural y espontáneamente de su propio desarrollo histórico, sino que se da dramáticamente como necesidad imperiosa de liberarse de la miseria social y explotación impuestas por el imperialismo y sus socios nativos, a las masas trabajadoras. De tal modo, en esos países la auténtica conciencia nacional se desarrolla identificada con la conciencia revolucionaria social de los trabajadores; originando un nacionalismo que constituye la contrapartida del nacionalismo burgués de las metrópolis imperialistas y que recupera el contenido popular y revolucionario inherente al nacionalismo en sus orígenes históricos.

Simultáneamente, la dependencia orgánica de las burguesías nativas genera en esos países, como copia o proyección colonizada del nacionalismo burgués metropolitano, un nacionalismo burgués local que, como veremos, termina siempre por negarse a sí mismo en tanto verdaderamente nacional, ya que busca preservar y reproducir las condiciones estructurales determinantes de la dependencia.

- El nacionalismo se manifiesta de dos maneras distintas y contrapuestas en función de los intereses de clase cuya representación asume.

Concretando lo anteriormente expuesto, digamos que a nivel internacional estas dos formas fundamentales de manifestarse son:

a) Como nacionalismo agresivo, conquistador, sojuzgante y explotador de otros pueblos y

naciones.

b) Como nacionalismo defensivo, respondiendo a la agresión externa, buscando liberarse de la explotación colonialista e imperialista impuesta por las naciones poderosas y constituir una nación independiente, libre y soberana.

Concretamente: la distinción entre nacionalismo burgués y nacionalismo revolucionario no se limita a la distinción entre el nacionalismo opresor de las potencias imperialistas y el nacionalismo liberador de las naciones por ellas sojuzgadas. Ella se plantea también en el seno de estas últimas, como distinción y contraposición entre el nacionalismo burgués que pregonan los sectores de la burguesía nativa mal llamados nacionales, preocupados fundamentalmente por salvaguardar la supervivencia del sistema capitalista, y el nacionalismo revolucionario de los trabajadores, consecuentemente antiimperialista y, por lo tanto, verdaderamente nacional. Dicho de otro modo, se trata de la distinción entre un nacionalismo representativo de los intereses de la burguesía nativa, que tiende a preservar las condiciones de explotación del trabajo obrero por parte de esa burguesía, inevitablemente condenada a la subordinación al capital imperialista, y un nacionalismo representativo de los intereses de los trabajadores, tendiente a eliminar las condiciones sociales que hacen posible la explotación del trabajo de éstos, tanto por parte del imperialismo, como de la burguesía nativa en cualquiera de sus sectores.

- Los sectores supuestamente nacionales de las burguesías dependientes procuran hegemonizar los movimientos nacionales para desviarlos de sus objetivos auténticamente liberadores.

Dichos sectores tratan permanentemente, en especial en los momentos de ascenso revolucionario de las masas, de colocarse, a través de sus personeros políticos directos e indirectos, al frente de los movimientos nacionales, en el intento de utilizar en su propio beneficio el sentimiento nacional y frenar la acción popular, desviándola de todo posible cuestionamiento a fondo de las raíces de la dependencia. Intentan, así, en nombre del nacionalismo y a través de regímenes más o menos populistas, encauzar dichas acciones por los estrechos senderos que conducen a la mera obtención de concesiones por parte del imperialismo (concesiones que lejos de debilitarlo casi siempre le otorgan un respiro, permitiendo su readaptación y salvaguardando el sistema en que sustenta su dominio) y no al verdadero logro de los objetivos nacionales.

- El nacionalismo de los trabajadores revolucionarios de las colonias y semicolonias es una instancia complementaria del internacionalismo proletario.

Lo nacional, identificado hoy día con la conciencia de clase obrera, adquiere todo su sentido humanista integral en su complementación con el internacionalismo proletario. Sólo el remedo de lo nacional, lo nacional parcializado y desfigurado, que se expresa en el nacionalismo burgués, puede concebir al internacionalismo como su contrario, restando de ese modo al sentimiento y la conciencia nacionales de los pueblos sometidos su contenido liberador en escala realmente humana.

Del mismo modo que para la burguesía, lo individual se halla contrapuesto a lo social -en tanto todas sus concepciones se fundamentan en la existencia y defensa de la propiedad privada capitalista-, también lo nacional, y por las mismas razones, es concebido por sus pensadores y políticos como contrapuesto a lo internacional.

Para el pensamiento revolucionario, en cambio, lo individual y lo social no sólo no se oponen, sino que su complementariedad en el socialismo constituye la condición para el desarrollo de sus máximas potencialidades. Porque el pensamiento revolucionario no niega al individualismo

en general, sino al individualismo burgués, planteando la necesidad de realización plena de lo individual a través de lo social y viceversa. Del mismo modo, lo genuinamente nacional no se halla contrapuesto al internacionalismo, sino que constituye una instancia complementaria de éste. Complementariedad en la cual las mejores características nacionales de los pueblos encuentran su máxima posibilidad de enriquecimiento y realización.

Lo individual y lo social, lo nacional y lo internacional, lejos de contraponerse, constituyen para la clase obrera instancias o aspectos de un mismo objetivo: el humanismo revolucionario socialista.

Lo individual se desarrollará al máximo a través de lo social, que en su identificación con lo nacional (una forma histórica de existir lo social), habrá de adquirir también su mayor plenitud en el internacionalismo socialista revolucionario, como expresión de aquel humanismo.

De más está decir que para los trabajadores del mundo colonial y semicolonial, ante la relativa coparticipación de vastos sectores de la clase obrera de los países centrales en la explotación imperialista de ese mundo, la marcha hacia el logro de dicho internacionalismo socialista comienza por la solidaridad activa con los movimientos de liberación nacional de los países dependientes que sufren esa explotación. Lo que de ninguna manera significa caer en una concepción estrecha y limitada que circunscriba el internacionalismo a estos últimos países. La inevitable crisis del sistema capitalista mundial (a la cual coadyuva fundamentalmente la liberación del mundo colonial y semicolonial) irá sacando a aquellos vastos sectores obreros de los países centrales de su pasividad cómplice en la explotación imperialista efectuada por sus propias burguesías, ampliando el cauce hacia la solidaridad efectiva de los trabajadores del mundo entero.

- La base de todo auténtico internacionalismo es la lucha real y efectiva contra el sistema burgués-imperialista en el propio país.

Pese a la distorsión de que ha sido objeto, el auténtico internacionalismo obrero no sólo no es contradictorio, tal como hemos visto, con lo genuinamente nacional, constituyendo su complemento necesario merced al contenido de clase proletario que la liberación nacional asume en los países dependientes, sino que, además, esa complementariedad es el requisito indispensable para la consolidación definitiva de dicha liberación. La liberación nacional y social de los pueblos y clases explotados sólo puede solucionarse definitivamente a nivel mundial, y a esa solución sólo se arriba impulsando la revolución en cada país, según sus propias y específicas características. Vemos así la estrecha ligazón interdependiente que existe entre los dos planos, nacional e internacional, del proceso revolucionario mundial.

En el mundo colonial y semicolonial dicho proceso asume la forma de lucha de liberación nacional contra el imperialismo. Lucha que en su consecuencia lleva inevitablemente al cuestionamiento del sistema capitalista y del régimen burgués en los cuales basa el imperialismo su dominio. Se integra así espontánea y naturalmente en el proceso de la revolución obrera internacional, mediante el reconocimiento, junto a los sectores revolucionarios del proletariado de los países centrales, de un enemigo común: el sistema capitalista mundial y su encarnación social concreta: las distintas burguesías de todos los países en su complementariedad recíproca, subordinante, en unos casos, subordinada, en otros. Y en el reconocimiento de un objetivo también común: la construcción del socialismo en cada nación como vía hacia la integración de una comunidad universal sin explotadores ni explotados.

Los avances y éxitos de la lucha de liberación nacional en el mundo colonial y semicolonial,

contribuyen a impulsar y apuntalar la lucha de los sectores revolucionarios del proletariado de las metrópolis centrales, acelerando la crisis mundial del capitalismo imperialista, cuestionando la integración pasiva y satisfecha de vastas capas desconcientizadas de ese proletariado metropolitano al sistema de explotación de los países dependientes, y ampliando así la base de aquellos sectores revolucionarios. Dicho proceso concientizante de la clase obrera metropolitana necesariamente repercutirá sobre las luchas de liberación coloniales y semicoloniales bajo la forma de una creciente solidaridad cada vez más activa con ellas, dando paso a un internacionalismo real y efectivo.

El mejor y único internacionalismo consiste, entonces, en luchar eficazmente por la revolución en el propio país, eficacia que implica en cada caso la permanente adaptación al carácter específico que ella va asumiendo; el mejor apoyo a la lucha de otros pueblos consiste, precisamente, en llevar adelante ese proceso revolucionario nacional propio.

- Para los países latinoamericanos la revolución nacional propia trasciende sus arbitrarias fronteras planteándose como unidad política revolucionaria de todos los pueblos de América Latina.

Los latinoamericanos, al hablar del carácter nacional de nuestra lucha de liberación, no podemos circunscribirnos a los artificiales límites de cada uno de nuestros respectivos países, sino que debemos involucrar en ello a la totalidad de América Latina, nuestra patria grande, dividida y fragmentada por el imperialismo y las oligarquias nativas, para el mejor sojuzgamiento y explotación de sus pueblos.

Porque no es solamente un mismo territorio, un mismo pasado histórico, las mismas tradiciones culturales, la misma lengua, etc., en fin, todos los elementos necesarios para configurar una nación lo que nos une, sino, también, y especialmente, un opresor común que sólo podrá ser definitivamente vencido con el concertamiento, espontáneo o conscientemente buscado, de las luchas revolucionarias de las distintas regiones del continente. La propia dinámica de esas luchas y la necesidad de romper el bloqueo imperialista que inevitablemente cae y caerá sobre cada región que se libere aisladamente, impone la unidad revolucionaria de la nación latinoamericana como una necesidad histórica ineludible. Nuestra lucha de liberación nacional es, precisamente, la lucha por esa unidad revolucionaria, cumpliendo al fin con el sueño continental de San Martín, Bolívar, Artigas, Felipe Varela y el Ché Guevara.

- Ante la imposibilidad de realización de una nación burguesa independiente, el nacionalismo revolucionario de los países coloniales y semicoloniales se constituye en el cauce histórico hacia el socialismo.

Ese desarrollo histórico del sentimiento y la conciencia nacionales va determinando diversas concreciones políticas, expresivas de niveles cada vez más superiores de conciencia en las masas. Proceso en el cual el nacionalismo revolucionario de los trabajadores, a través de su propia experiencia viva, se va decantando y depurando de los lastres ideológicos generalizados por la burguesía hasta encontrar su posibilidad de plena realización en la síntesis superior que un verdadero socialismo expresa. Porque en los países dependientes en la época del imperialismo no hay liberación nacional definitiva sin expropiación de los medios de producción y distribución de la riqueza social que el imperialismo controla, ya sea directamente o a través de las burguesías locales, a él subordinadas. El primer acto de antiimperialismo efectivo constituye forzosamente un acto anticapitalista que vulnera el principio mismo de sustentación del régimen burgués: la propiedad privada. Y la profundización de la acción liberadora respecto al imperialismo conlleva

inevitablemente una profundización de esa acción anticapitalista en la perspectiva del socialismo. La definitiva y total liberación nacional sólo estará garantizada con la definitiva y total liquidación del sistema capitalista y la clase burguesa en que se basa el dominio imperialista. Y la subsistencia de ese sistema y de esa clase constituye un peligro permanente de restauración del dominio imperialista. Es en tal sentido que puede afirmarse que en los actuales países dependientes no hay liberación nacional sin simultánea liberación social; ambas se presuponen y condicionan.

Bibliografía

- Karl Marx y Fredrerick Engels. El manifiesto comunista.
- Karl Marx. Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política.
- Mao Tsé Tung. Sobre la práctica.
- Vladimir Ilich Lenin. En torno a la cuestión de la dialéctica.
- Vladimir Ilich Lenin. La doctrina de Marx.
- Vladimir Ilich Lenin. Sobre el Estado.
- Ricardo Carpani. Nacionalismo burgués y nacionalismo revolucionario.